



Revue

HISTOIRE(S) de l'Amérique latine

Volume 1 – 2005

Dossier : Types et emblèmes de l'identité dans les discours
sur la nation en Amérique latine – XIXe et XXe siècles

*La “Mexicanidad” como soporte para la representación de la
institución presidencial en el México post-revolucionario :
¿ Hacia qué definición de la Nación ?*

Raphaële Plu Jenvrin

www.hisal.org | 1-12-2005

URI: <http://www.hisal.org/viewarticle.php?id=25>

**La “Mexicanidad” como soporte para la representación de la
institución presidencial en el México post-revolucionario :
¿ Hacia qué definición de la Nación ?**

Raphaële PLU JENVRIN*

“[...] la conciencia nacional [...] rechaza cualesquiera otras teorías que no sea nuestra Constitución mexicana, la que debemos acatar fervorosamente convencidos de que ésa es la senda auténtica de nuestra *mexicanidad*¹”. Esta declaración de Adolfo Ruiz Cortines, presidente de la República Mexicana de 1952 a 1958, constituirá un primer ejemplo del uso de la retórica política de la “mexicanidad”, presente en el México post-revolucionario y post-cardenista. Retórica que no puede analizarse fuera del amplio marco de la investigación filosófica, literaria y antropológica que determinó la emergencia, a principios del siglo XX², del concepto de “mexicanidad”, que proponía definir los rasgos constitutivos y específicos de un “carácter nacional” a partir de una reflexión acerca del devenir del mexicano en su cultura e historia propias. Si bien dicha reflexión favoreció la aparición y la configuración de un imaginario cultural nacional, la diversidad de sus soportes -que abarcan varios decenios y pueden remontar hasta los grabados de José Guadalupe Posada, pasando por los estudios antropológicos de Manuel Gamio, la pintura muralista o la investigación filosófica de Samuel Ramos³- impide contemplar cualquier homogeneidad significativa que no sea la que apunta, precisamente, a la continuidad de una reflexión sobre la identidad propia de la historia cultural del siglo. Lo cual acentúa la imposibilidad de equiparar el contenido de esta obra al de la propaganda oficial al menos por una razón: si el discurso cultural sobre la

* Université Paris III-Sorbonne Nouvelle

¹ In *Discursos de Ruiz Cortines pronunciados del 14 de octubre de 1951 al 22 de junio de 1952 durante su campaña política como candidato a la Presidencia de la República*, México, s.e., s.f, p. 17.

² Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo, 1987, p. 18.

³ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1951.

mexicanidad se funda principalmente en un tratamiento intelectual y filosófico de una identidad nacional, el discurso de Estado difunde, por su parte, una “mexicanidad” que pretende encarnar directamente, a través de un proceso de autolegitimación histórica y cultural. Sin embargo -y ahí es donde puede destacarse una complementariedad entre ambos discursos- ciertas modalidades discursivas que rigen el lenguaje político remiten a imágenes y configuraciones comunes.

En la intersección de estos dos contextos, interviene en efecto el carácter central de la noción de arquetipo en su significado psicológico, definido como conjunto de los “elementos constitutivos del inconsciente colectivo, con un aspecto orientado “hacia [...] los procesos biológicos y los instintos” y otro “hacia el mundo de las imágenes y de las ideas”⁴. Si la reflexión sobre la “mexicanidad” se incluye plenamente en la segunda categoría, la propaganda, aun y cuando explote las mismas configuraciones imaginarias, contará más bien con la reacción instintiva e inmediata que el manejo de los símbolos despierte en las muchedumbres. Es lo que demuestra, por ejemplo, la visión maniquea del mundo de que se vale la retórica política oficial de aquellos años, según la cual, los valores dinámicos de la exaltación del tiempo revolucionario encarnado en la figura presidencial se oponen a los valores pasivos de un mundo rural idealizado. Al respecto, son bien conocidos los comentarios de Roger Bartra, quien destacó los criterios de interpretación de una identidad nacional principalmente basada en un lenguaje cargado de configuraciones arquetípicas y simbólicas que asemejan naturaleza y cultura. Convirtiéndose éstas en garantías de una “mexicanidad” auténtica, mediante la legitimación de una temporalidad racional a cargo de la acción política oficial. En esta encrucijada entre cultura y política, se forja, pues, un nacionalismo definido por este autor como “transfiguración de las supuestas características de la identidad nacional al terreno de la ideología”, base de “una relación estructural entre la naturaleza de la cultura y las peculiaridades del Estado”, resultado de una “catarsis colectiva gracias a la cual se legitima una forma de hacer política como *única* manera de ejercer la mexicanidad⁵”. En este contexto, las imágenes literarias de la melancolía “característica” del ser mexicano remitirían a las de un “paraíso perdido”, a

⁴ Charles Beaudouin, *L'œuvre de Jung et la psychologie complexe*, París, Petite Bibliothèque Payot, 1963, p. 181-185.

⁵ Roger Bartra, *Oficio mexicano*, México, Grijalbo, 1993, p. 36-37.

representaciones forjadas por una “sociedad industrial capitalista [que] -como una reacción a sus propias contradicciones- busca insistentemente su estrato mítico, donde se supone que se perdieron la inocencia primitiva y el orden original.” La poesía de López Velarde, el mundo campesino descrito por Juan Rulfo en *Pedro Páramo* -en el que Fuentes remarcó el papel primordial desempeñado por “el antiguo mito poscosmogónico [...] en que la unidad primigenia se pierde al intervenir la historia”- apuntarían, por su parte, a los procesos constitutivos de un “Edén mítico, indispensable, según R. Bartra, “no sólo para alimentar los sentimientos de culpa ocasionados por su destrucción, sino también para trazar el perfil de la nacionalidad cohesionadora”⁶. Ahora bien, este análisis requiere una confrontación con el discurso oficial de los años 40 a 60. Ciertas características del discurso y de las imágenes de la propaganda del régimen permiten efectivamente constatar la explotación recurrente de los campos semánticos propios de una visión idealizada y redentora del mundo rural. Respecto a la institución presidencial -que será el registro discursivo privilegiado en este estudio-, este aspecto arranca del despliegue del “heroísmo” histórico de aquellos a quienes Ruiz Cortines señalaba como “arquetipos de la provincia mexicana”⁷. La exaltación del heroísmo se articulará, además, a partir de la valoración de una filiación inherente al desarrollo mismo de la historia, como lo expresará por ejemplo Gustavo Díaz Ordaz, al proclamarse “hijo [de] la Patria en que nació Benito Juárez”⁸. Dedicado al desarrollo de una “conciencia cívica”⁹, el recuerdo constante de esta filiación descansa en el uso sistemático de un vocabulario de la fertilidad, y hará referencia a la persistencia de una memoria fundada sobre la “historia legítima”, garantía de una tradición de “virilidad y de mexicanidad”, dos términos que para José Angel Cenicerros, se asocian a las dimensiones de una “naturaleza [...] pródiga” y “fértil”¹⁰. Los valores de la feminidad y del hogar se inscribirán en el mismo registro: garantes “[del] hogar mexicano”, “células

⁶ Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*, op. cit., p. 33-35.

⁷ Adolfo Ruiz Cortines, *Discursos de Ruiz Cortines pronunciados del 14 de octubre de 1951 al 22 de junio de 1952 durante su campaña política como candidato a la Presidencia de la República*, México, s.e., s.f., p. 17.

⁸ In *Los presidentes de México ante la nación*, México, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, 1966, p. 939.

⁹ A. Ruiz Cortines in: José Angel Cenicerros, *Educación y mexicanidad. Discursos y páginas cívicas*, México, s. e., 1957, p. 34. José Angel Cenicerros fue secretario de Educación Pública de 1952 a 1958.

¹⁰ *Ibid.*, p. 41-42.

de la Patria”, acentúan en los discursos la presencia de las analogías entre los valores del hogar y los de la “vida pública¹¹”. Manuel Gual Vidal, por ejemplo, verá en la necesaria homogeneización de la cultura y de la “voluntad colectiva” la condición de la afirmación de la “mexicanidad”, misma que se asemeja al problema de “la integración orgánica del pueblo mexicano¹²” que, antes de ser política, se afirma como cultural. Huelga decir que los valores difundidos deben ante todo favorecer una actitud sensible, por lo cual los discursos convocarán constantemente la manifestación de “sentimientos”, “sensibilidades” e incluso de “amor” patrióticos¹³.

La difusión de lo que pretende ser una identidad política traducida al registro sensible de la “mexicanidad” se apoya esencialmente en la dimensión de valores tradicionales profundamente anclados en la conciencia colectiva. En este sentido, la noción de sensibilidad aparece indisociable de la de tradición. Así, para expresar los valores de la filiación histórica, el mensaje explotará muy a menudo las imágenes de un mundo rural visto como la cuna de la patria profunda, tal y como puede constatarse en este discurso de Gustavo Díaz Ordaz en 1964 en Guelatao de Juárez:

“[...] y [...] todo a partir de aquí, fue vencido por aquel pastorcillo indígena cuya vida se compendia en una lucha constante frente a las mayores adversidades. Ni su condición de indígena, ni la miseria de su cuna [...] fueron obstáculos para que Benito Juárez cumpliera su destino. [...] Aquí nació, [...] era zapoteca y nació paria, uno de tantos parias de la sierra de Ixtlán en cuyos ejidos falta frecuentemente el pan¹⁴”.

Dos “valores” se asocian aquí para condicionar una visión mitificada de la historia nacional: mientras que la humildad y la pobreza del mundo rural sirven a la cristalización y sacralización de la figura de Benito Juárez, la riqueza moral y la vocación heroica de este último configuran la visión de una humildad material sacralizada, lo cual contribuye a propagar las imágenes estáticas de valores destinados a

¹¹ *Ibid.*, p. 134.

¹² *Programa educativo del Lic. Miguel Alemán. Diez discursos sobre educación pronunciados por el Lic. Manuel Gual Vidal, Secretario de Educación Pública*, México, Edición del Departamento de Publicidad y Propaganda, 1947, p. 66. Manuel Gual Vidal fue secretario de Educación Pública de Miguel Alemán Valdés (1946-1952)

¹³ Adolfo López Mateos, en un discurso del 18 de julio de 1963, in *Los presidentes de México ante la nación*, *op. cit.*, p. 898.

¹⁴ Gustavo Díaz Ordaz en un discurso pronunciado en Guelatao de Juárez el 14 de enero de 1964, in *Ibid.*, p. 938-939.

“fertilizar” la identidad cultural¹⁵. Abundan entonces las referencias a lo ingrato del clima, a la violencia de las luchas revolucionarias pasadas y a la pobreza material en el sentido de una valoración de la “abnegación, [del] amor y [del] sacrificio¹⁶”.

Ahora bien, es ahí donde las nociones de autenticidad y de tradición transparentan, mediante las imágenes de la identidad cultural nacional, la representación de “tipos” sociales entre los cuales el campesino, la mujer o el maestro, por ejemplo, no cumplen otra función que la de realzar y personificar el sentimiento y el reconocimiento debidos a una historia nacional portadora de una herencia humanista y universalista¹⁷¹⁸. Asimismo, el discurso oficial opondrá a los registros simbólicos de la tranquilidad del mundo rural aquellos, dinámicos, del progreso revolucionario, a veces presentado como el paradigma de una mexicanidad encarnada en el advenimiento de una temporalidad redentora, cuyo emblema privilegiado será el presidente. En 1950, Moisés Ochoa compone un retrato de Miguel Alemán en el que dicha dicotomía aparece con nitidez:

“De Miguel Alemán hacia atrás, la Historia de México es de amargura, de tragedia, y aun de crueldad. Hemos sobrevivido por el heroísmo, pero han sido anales épicos de integración, mas no de definición. Donde nos comenzamos a definir es con la capacidad de sonreír a la vida. De la seguridad y la estabilidad institucional, de la supremacía de la Ley y de la Constitución, del régimen de garantías en la protección, del disfrute de los derechos individuales y colectivos, ha podido surgir la definición nacional de mexicanidad en el ideario y en la acción, en la cultura y en la conducta, en la ciudadanía y en la administración, en la producción y en el consumo. La mexicanidad es el espejo

¹⁵ José Angel Cenicerros, *Educación y Mexicanidad*, op. cit., p. 13.

¹⁶ Gustavo Díaz Ordaz, in *Los presidentes de México ante la nación*, op. cit., p. 949.

¹⁷ “Imprescindible y magnífica es la función peculiar del maestro. Entre los tipos humanos, pertenece el educador al tipo social. La ley que rige su conducta es la de la simpatía: la simpatía y el amor hacia los hombres. El educador se manifiesta en sus mejores creaciones, a manera de una eclosión de solidaridad, asistencia y sacrificio por sus conciudadanos: se halla dominado por la idea de la perfección: se ve a distancia, como un creador de mundos interiores.” *Programa educativo del Lic. Miguel Alemán. Diez discursos sobre educación pronunciados por el Lic. Manuel Gual Vidal*, op. cit, p. 47.

¹⁸ Las ilustraciones 1 y 2, tomadas de la propaganda realizada con motivo de la campaña presidencial de Adolfo Ruiz Cortines, dan cuenta de este tipo de representaciones. Fuente : *Un gran programa para un gran pueblo. Estamos construyendo un México nuevo*, México, Partido Revolucionario Institucional, 1952.

de México perfilado por el semblante del mexicano que está comenzando a sonreír con la misma franqueza que antes ponía en el rostro fiero o amargo, trágico o resignado¹⁹”. Aquí, la estabilidad de las instituciones confiere un verdadero significado a la “mexicanidad”, es decir, la forja en el marco de una propaganda que integra en un campo racional valoraciones positivas o negativas, emanadas de la historia nacional. En efecto, el mismo autor edificaba su interpretación en referencias a la mitología prehispánica, oponiendo a la nueva era revolucionaria inaugurada por el Presidente Alemán el desenlace de la lucha cíclica ejercida entre los dioses de la guerra y el infierno, en el cual el mundo estaba invariablemente condenado a perecer... Asimismo, la sonrisa del presidente, portadora de esperanza, sustituida al “sarcasmo” y al fatalismo, se valoraba a partir de una referencia cultural: “Sabía reír quién sabe por qué don, acaso no tan penetrable como el signo totémico totonaco²⁰”. Tal exaltación del poder presidencial no se disocia de las modalidades fuertemente ritualizadas que aplicaba el régimen para asegurar su propia legitimidad política y cultural, la cual gira preferentemente en torno a la figura presidencial y su protagonismo, cuyos paradigmas de “mexicanidad” se asemejan pues, a representaciones mentales condicionadas por “tipos” –o sectores- que vienen a justificar el esquema estructural de la revolución institucionalizada. En 1968, un fascículo de propaganda proclamaba en términos rigurosos la función política y social del Partido Revolucionario Institucional, “[...] formado por obreros, campesinos, y los núcleos de la clase media popular. También forman parte de él aquellos ciudadanos que sin pertenecer a ninguna de las fuerzas sociales anteriores, profesan los principios de la Revolución Mexicana y cumplen con las normas internas del Partido. Los miembros del Partido se agrupan en sectores. Es revolucionario porque propugna constantemente la transformación positiva de las condiciones económicas, políticas y sociales. Es institucional porque defiende las instituciones creadas por la Revolución. Todas estas instituciones no son estáticas, no representan el pasado y están llenas de contenido progresista²¹”.

¹⁹ Moisés Ochoa Campos, “El presidente de la Mexicanidad”, in *La República*, 1° de octubre de 1950, p. 4-5.

²⁰ *Ibid.*, p. 5-6.

²¹ Partido Revolucionario Institucional, *Preguntas y respuestas sobre el PRI y la Revolución*, México, Comité Ejecutivo Nacional del Partido Revolucionario Institucional, 1968, p. 5; p. 9.

Al valor progresista y dinámico que la propaganda atribuye aquí al tiempo revolucionario, se añade una temporalidad mítica, propiedad del discurso político y social. Ahora bien, en éste, la legitimidad de los sectores campesino, obrero y popular no sólo cobra forma con base en consideraciones determinadas por tal o tal prioridad particular en términos de acción política, sino que se funda también en la valoración cultural y social de su pertenencia a la nación. En otras palabras -y es lo que demuestra el discurso al establecer sus criterios de representatividad sobre paradigmas de autenticidad cultural- la autoridad oficial devuelve a la sociedad una imagen de sí misma en conformidad directa con lo que determinan las estructuras orgánicas de un sistema político de control de las masas, reforzando la concepción estructural de un pueblo “pasivo” en la acción política como tal, pero “activo” en la manifestación de una “conciencia cívica” y de una adhesión afectiva a los valores de un estado legitimado en una continuidad histórica. En esta perspectiva, el lenguaje político aparece como un lenguaje de sentido único: los valores tradicionales populares sirven al discurso oficial sin pretender necesariamente contribuir a la emergencia de prácticas políticas autónomas.

¿Nos permiten tales constataciones asemejar las imágenes literarias mencionadas por Roger Bartra a su explotación por la propaganda? ¿Puede remitir la exaltación del mundo rural a la expresión de una “redención” de aquel “Edén subvertido” mencionado en su tiempo por López Velarde? Asimismo, ¿pueden asemejarse el fatalismo o el “sarcasmo”, “fruto de la amargura y de los complejos” usados por la propaganda de Miguel Alemán al “tono psíquico deprimido” de la “personalidad [real]” y a “la desconfianza en sí mismo” recalcados por Samuel Ramos en su definición del tipo social del “pelado²²”? Octavio Paz destacaría más tarde “la existencia de un sentimiento de real o supuesta inferioridad frente al mundo [...] que podría explicar, parcialmente al menos, la reserva con que el mexicano se presenta ante los demás [...]”²³. Nos limitaremos a dos comentarios. De un lado, cabe subrayar que si bien las imágenes literarias de la mexicanidad se establecen con base en representaciones arquetípicas paralelas, se ponen ante todo al servicio de una reflexión intelectual alejada de una

²² Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., p. 56-57.

²³ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988 [1950], p. 18.

propaganda cuya única finalidad consiste en hacer de la selección de algunas de estas imágenes los soportes de una exaltación de los valores de abnegación, humildad o fatalismo, mismas que recalcan el potencial simbólico de una institución presidencial poco dispuesta a apropiarse de cualquier esquema de “complejo de inferioridad” enunciado por los intelectuales, salvo para someterlo a un tratamiento específico. En la propaganda de Miguel Alemán, la dicotomía entre el “sarcasmo” y la “sonrisa franca” se arraiga en una visión global de la historia y del inconsciente colectivo de un pueblo “condenado” al fatalismo²⁴ que halla su “redención” en la sonrisa del presidente. En suma, lo que explota el discurso oficial es ante todo la función del mito en su tendencia “colectiva, social, cuya existencia se debe a la sociedad y se explota en favor suyo”, de esencia fundamentalmente “afectiva” y a la cual “la historia y la vida social proporcionan fuentes de creación²⁵”. Otra divergencia con las imágenes literarias de la mexicanidad la ofrece, además, la búsqueda a veces agresiva de formas de adhesión instintiva, realizada por un discurso oficial interesado ante todo en ofrecer imágenes fácilmente identificables, y por lo mismo fácilmente distorsionables.

La mención del uso de la función afectiva de los arquetipos resulta de particular interés en el caso de la manipulación de las imágenes con fines exclusivamente ideológicos, efectuada en Colima, en 1952. En abril de ese año, dos pintores locales, Carlos Escobar León e Hilario Zapién, realizan en el puerto de Manzanillo dos murales “de asunto anticomunista”. El primero había declarado: “Las tendencias comunistas deben combatirse por medio de pinturas murales en edificios públicos, porque si bien existen muchas obras literarias que las combaten, no siempre están al alcance de nuestro pueblo²⁶”. El primer mural explotaba precisamente la reacción de “rechazo instintivo” de aquel “pueblo” invocado por el pintor, pues ese pastiche de la tradición formal muralista pintaba en forma repelente a Diego Rivera, Vicente Lombardo Toledano y David Alfaro Siqueiros, representados como monstruos grotescos bajo la figura de Stalin cuya cabeza el propio pintor -que se había incluido en el cuadro- cortaba con un sable. Las tres cuartas partes del cuadro estaban ocupadas por cuatro “héroes” de la

²⁴ “La historia de México está presidida por el fatalismo”. Moisés Ochoa Campos, “El presidente de la Mexicanidad”, *op. cit.*, p. 5.

²⁵ Serge Tchakhotine, *Le viol des foules par la propagande politique*, París, Gallimard, 1952, p. 277.

²⁶ *Tiempo*, Vol. XX, n° 523, 9 de mayo de 1952, p. 18.

historia oficial, Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo, Benito Juárez y Gustavo Madero, amparados por la bandera nacional y una mano que enarbolaba la Constitución. En la parte inferior del cuadro, se reproducía la imagen tradicional de una campesina con su hijo.²⁷

“Para combatir a Rivera y a Siqueiros, sería necesario ponerse a su misma altura como artista y no hacerlo con obras de valor nulo o muy escaso, que no pueden alcanzar más que el desdén de quien las contempla²⁸” observaba un testigo -avisado- del evento, a cuyo desprecio debía oponerse la repulsa espontánea del pueblo respecto de los “monstruos” comunistas que amenazaban la tranquilidad rural y la continuidad de la historia oficial. Lo que traducía esta anécdota era la distorsión de formas de representación oficiales cuyo corte tradicional –los rasgos formales del muralismo, por ejemplo- poco importaba, pues la prioridad iba a la función primera de la imagen y a la adhesión o rechazo instintivo que debía suscitar. Los ejemplos anteriores revelaban las mismas características, arraigadas en la explotación de las imágenes de la “mexicanidad” que se usan y reinterpretan con fines exclusivos de una propaganda que fija en registros dicotómicos recurrentes el manejo de símbolos destinados a alimentar, ante todo, la exaltación del poder y de sus representaciones supremas, entre ellas la figura presidencial.

Este análisis nos parece contribuir a la explicación de los mecanismos que rigen la explotación del nacionalismo cultural, término que incluye una ambivalencia fundamental entre la noción de “cultura nacional” y aquello que se define más bien como una “cultura” fomentada por el Estado. A la nación corresponden -al menos desde la Revolución francesa- la adhesión de una comunidad a valores que rebasan los vínculos originarios del nacimiento, de la etnia o del territorio y remiten más bien a una *voluntad* de vivir bajo leyes comunes²⁹. Al Estado corresponden las estructuras de un

²⁷ Cf. Ilustración 3. Fuente: *Idem*.

²⁸ *Idem*.

²⁹ “Dans une perspective proprement moderne, l’idée de nation désigne avant tout une association de personnes, unies par des liens contractuels, manifestant ainsi leur volonté de vivre sous les mêmes lois. Ainsi conçue, la nation se définit avant tout, non pas au sens original, par la naissance, des liens de sang ou par la race, l’ethnie, le territoire, bref non par *l’histoire*, mais au contraire par la *volonté*, par la *libre adhésion* aux principes d’une communauté politique. C’est à juste titre qu’on l’a qualifiée de constructiviste et de volontariste. La nation désigne ici l’ensemble des citoyens contractants et décidant de remettre le pouvoir à la volonté générale”, ce qui au plan politique, correspond à une société

sistema de dominación y sujeción de los individuos a un poder soberano y único. La incorporación de un discurso nacional en un discurso de Estado debilita el contenido del primero en beneficio del segundo, lo cual confirma la función del discurso político como garantía de la estabilidad del sistema. Sin embargo, si nos interesamos en las prácticas, desaparece la garantía de cohesión, pues los aportes constitutivos de la cultura nacional no pueden reducirse a las imágenes privilegiadas por el discurso oficial³⁰. Lo anterior explica las características de un discurso político oficial aparentemente “vaciado” de su sustancia y de un nacionalismo que, aun siendo más cultural que político, no dejaba de reforzar las prerrogativas –simbólicas y efectivas- del primero. Esto era ya un mal augurio del futuro de un nacionalismo cultural confrontado, en los albores de los años 80, al declive del presidencialismo.

démocratique, “définie par l’adhésion à des principes publiquement proclamés, tels ceux de la *Déclaration des droits de l’homme*.” Lukas Sosoe, in Philippe Raynault, Stéphane Rials, *Dictionnaire de philosophie politique*, Paris, PUF, 1996, pp. 412-413. (Subrayado por el autor)

³⁰ De ahí la necesidad y pertinencia de una “idea nacional” consistente, capaz de imponerse como “comunidad fraternal, solidaria y protectora” frente a las numerosas líneas de fractura creadas por la evolución del contexto económico y social a lo largo del siglo XX. Cf.: Anne Marie Thiesse, *La création des identités nationales. Europe XVIIe-XXe siècle*, Paris, Editions du Seuil, 2001, p. 233.